LA GUANEÑA

BOLSICONA, SAHUMADORA, ÑAPANGA

De: José Gonzalo Páez

(Caranqui, marzo 1962)

I

Sucedió en una comarca feliz de Imbabura, en la aldea llamada Santa María, en donde se deslizó como las aguas dulces de un torrente, un amor campesino.

Era una aldea silenciosa, adornada con fondo musical y melodioso de la vida que transcurre en la rutina diaria del trabajo; altivo sonreír del campesino. Vivían aquí, alrededor de unas ochenta familias de ascendencia aborigen, por lo que conservaban costumbres típicas y comunes, tradiciones regionales y hasta un lenguaje de cierta tonalidad en su expresión, conformado por un gracioso quichuismo.

La población se extendía hacia el S.E. de Caranqui, gozaba de callecitas angostas y sombrías, cubiertas de crises arenales polvorientas en verano y de pardos lodazales en invierno. Una plaza, la principal, y propiamente un potrero al descubierto, lleno de hierbas, donde pasan públicamente asnos y ovejas. Casitas solariegas, místicamente poéticas, ubicadas a ciertos metros de intervalo y cada una, con alguna porción de tierras de labranza, blancas las unas y grises con un color natural de tierra las otras. Una escuela con banquitas de barro y sin más higiene para los niños que la del «campo libre». La casa parroquial, inhabitada porque estaba a cargo del mismo Párroco de Caranqui y la Iglesia de torres medianamente altas, sin más rasgo artístico que la de ser puntiagudas.

A los costados de la población se extendían enormemente amplias las tierras de labranza y hacia el N.E., la hacienda de don Agustín Lozano, acaudalado «pastuso», y cuyos familiares eran «cacharreros» de Popayán a Quito.

En una tarde polvorienta, llegaban a sus hogares los pastores con sus rebaños y sus perritos «choco», los labradores con el arado al hombre y con sus mustios y cansados bueyes uncidos al yugo; llegaban las señoras de la aldea, unas guapas cholas con leños sobre sus espaldas, para la «tulpa», que traían desde el monte y un poco de hierba para los cuyes sobre sus brazos; y, al último de cada grupo campesino, la «guagua» o el guagua que da lo mismo, viene sobre las espaldas de la hermana mayor, porque en la pobreza del campo no existiendo muñecas dormilonas para las hijas hembras, aprenden a jugar con el entretenimiento de los hermanos pequeños.

Así, todos, envueltos en una crepuscular algarabía, llegan, levantando las polvaredas de los caminos, dejadas por los fuertes soles de agosto y septiembre.

La tarde iba cayendo en el ocaso, los rayos del sol perdonase angustiosos detrás de la muralla incólume que forma el Cota cachi; el cielo se cubría de armoniosas coloraciones violeta y rosa, las aves se retiraban entumidas de los ebrios y aun el torrente, se dejaba oír rumoroso, bajo el céfiro de los últimos destellos de la tarde que moría. Todo el paisaje blando de la aldea iba tornándose poco a poco, en el místico monasterio de la noche.

En la hora en que ya comenzaban a desfilar las espirales de humo de las chimeneas de las casas, el gallo de la casa de Joaquín Imbaquingo, todas las tardes desde una rama alta del árbol de higuerilla en el que dormía , aleteando fuertemente emitía un gallardo canto. Pero esta tarde, hizo ciertos gargareas, como los que hacen los gallos cuando se encuentran aterrados ante el peligro de que el gavilán se robe a sus pollitos.

En el corredor de la casa, Joaquín, un anciano abrumado por el peso de los años, alto, fornido, con un rostro que reflejaba la expresión amable de la vida, con las piernas

extendidas, torcía unas pequeñas sogas, alzando la tez y frunciendo el ceño, con una mirada desafiante y una cierta quietud dijo:

- He ¡...Mira ¡ ya ha salido la orgullosa (dijo una de ellas; atentas las miradas, que no alcanzan a mirar sino en un cincuenta por ciento de lo normal)

- Pero cómo?...No está nada? - contesto otra-

- Que no està nada...y que quieres que esté? -

- Preñada pues ¡-

- Uhh ¡...Claro pues hija...No ves que estos puendos del Sur tienen remedios de cayapas hasta para abortar? -

La Bolsicona escucho todo el diálogo, pero silenciosa, siguió respirando el aire polvoriento del camino.

Una vez llegada a la Iglesia, hizo el gesto del publicano, se arrodilló en uno de los rincones del templo.

Llegó el momento del Sermón y:

- Amadísimos hnos., en nuestro Señor Jesucristo. Este día es de recordación para los hombres de lo efímera que es la vida y de lo insignificante que es este cuerpo en esta trayectoria feliz o desgraciada que se llama vida; vosotros Hnos. míos vivís una vida de sosiego, de trabajo cotidiano, una vida de preocupación...etc etc....Pero me preocupa Hnos. míos el cambio que en esta parroquia se está experimentando, un cambio en la manera cristiana de los pobladores; se roba el sustento de los hijos; se quita el honor de las familias; se atenta contra la tranquilidad de los prójimos etc.etc...Ayer nomás hacía referencia a lo grave que es y a las funestas consecuencias que trae a los hogares, la incomprensión de los hombres, pero el pecado es fácil de cometerlo y es difícil de repararlo etc.etc...(Hablaba, hablaba el Sacerdote y los fieles comenzaron distraerse y a no atender las explicaciones y razonamientos del orador; de acuerdo al principio que «hay que oír mucho para no entender nada», los fieles notoriamente fatigados fueron vencidos por el sueño)...Hay Hnos. míos de las almas acorazadas con el hierro del vicio, del pecado, de la corrupción de las costumbres, del deseo ardiente de lo humano, del amor de lo profano...etc.etc...(El fin, habló tanto blablablabla, que se escuchó de entre los fieles, el «ronquido» de alguna anciana que se dormía mal acomodada)

Diremos que de lo mucho que habló casi nadie le atendieron, peor le entendieron.

El anciano Sacerdote, comprendió la situación de los fieles, vio que dormían mientras él se desgañitaba hablando buenamente, entonces sacando el pañuelo estornudó con fuerza, para ver si de esa manera salían del insomnio en que se encontraban todos, no alcanzando lo que pretendía con os estornudos, guardó silencio, y, se quedó profundamente callado, los aldeanos movieron las cabezas como tratando de reincorporarse; entonces, dijo gritando:

- Helo ahí¡¡...crucificado¡¡...aparentemente conforme en el suplicio de su cruz...Y los hombres?...Hay¡¡ los hombres¡¡...como bestias se encuentran dormitando la felicidad de sus necesidades corporales; después del sueño apetecido en este mismo lugar consa-

grado al culto del señor, tendréis hambre y buscaréis que comer...No, Hnos. míos evitemos las sendas del mal y busquemos solamente los senderos del bien y su justicia...Pero yo sé, que aquí, en esta parroquia, en este reducido número de cristianos, se reclina en el altar de la impureza, se arrastra en el vicio, se hace la entrega miserable del cuerpo por la satisfacción del instinto, se fomenta el pecado y se vive en el fango del mismísimo adulterio¡¡¡.....Y para colmo de males organizan esta clase de desmanes, gentes ajenas a las de origen cristiano de esta parroquia.

En este instante, la Bolsicona se vio recluida en la observación de todas las miradas concentradas sobre la humildad de su persona. Pero, no perdía aún la perspicacia de su inteligencia y pensó para sus adentros: (Saldré inmediatamente de este lugar, puesto que si me detengo un instante más, daré lugar a que me observen con mayor detenimiento, y se prometió para sí, no ir nunca más a la Iglesia, mientras esté de párroco el cura ese). El cura, no tenía el mea-culpa de sus frases porque lo hizo, informado únicamente y exigido diremos, por la caterva de cotorras (las viejas) del pueblo en contra de la Bolsicona...Cuando ya estuvo en la seguridad de su casa, reclinó la cabeza sobre el pecho y sobre su propia incomprensión, lloró una vez más su mala suerte.

- Hay...gallo pendejo...siempre a las seis de la tarde, con tus gargareos, haces creer que le miras al diablo...vendrás con tus lisonjas brutas...Oís Florinda...Que será? de nuestra lolita, no llega?...Me muero la mujer ya es madura pero no pasque le entra la razón...Mmmmm?, hasta cuando también se lidiará con esta mujerona que Dios nos ha dado no Florindita?...

En el mismo instante, en que Joaquín hacía esta preguntas, «Lolita» la «donosa», como le decían sus admiradores venía desde Caranqui, con una canasta de pan de maíz sobre sus hombros y con un hermoso chal verde sobre su caballera, su atuendo se componía por un bolsicón y una camisa de ornamentación arabesca. Sobre la camisa se colocaba un chal y un rebozo. Un elemento característico son los bolsillos que porta su bolsicón. Los tejidos eran de bayeta, satén, algodón franela o terciopelo, predominando los vivos colores primarios que resaltan al ser contrapuestos con el blanco de la blusa y las enaguas. Entre sus accesorios se destacan los aretes, collares, gargantillas, anillos, tocados con cintas en la cabeza y brazaletes -especialmente- de cuentas de color rojo. Sobresale su pierna bien torneada, los pies desnudos son tan rosados y tan delicadamente modelados, con sus trenzas largas y cuidadas con infinidad de cosméticos.

Esta mujer alta, y agradable, propiamente era una bolsicona. Vino a radicarse en el Norte, desde uno de los pueblos del Sur, en unos tantos años atrás, se instaló en la aldea con un negocio de estancos y abarrotes, tan popular en nuestras aldeas, proporcionando aquello que constituye lo indispensable para el poblado.

Gozaba de la edad florida de los veinte años, sobrellevando en su rostro el afán orgulloso de las bolsiconas del sur, las facciones bellas, color trigueño, ojos cafés, brazos tornasolados y fuertes hechos de barro andino y tostados con el sol temperamental de nuestra tierra; pechos pronunciados y caderas lo suficientemente anchas, como para sostener sus típicas folleras. Era la mujer codiciada sobre todas las demás; su elegancia en el trato, sus facciones bellas, su delineación graciosa adornada con el carácter temperamental y atractivo, hicieron de la Bolsicona la mujer admirada.

Dice la tradición, que de sus hermosos ojos claros, desprendía miradas ardientes de pasión, que obligaban reverenciar la hermosura de aquellos ojos; de sus labios deliciosamente delineados y pulcramente femeninos, despedía cierta dulzura en la expresión,

que infundía sumisión amorosa; su cabello seductor y brillante, su rostro encendido de juventud, producía admiración cariñosa; y la delineación graciosa de su pecho y el porte gallardo de sus caderas despertaban codicia.

La causa misma por la que este hogar integrado por Joaquín, Florinda y Lola, abandonaron el suelo natal y emigraran al norte, fue de carácter comercial.

Vinieron antes, cuando Lola era niña todavía, llegaron hasta la Villa vendiendo naranjas y generalmente frutas que traían desde Buruhuayta, muy cerca de su natal «Guano»; y mientras sus padres buscaban el sustento diario por medio de la honradez del trabajo, «Lolita» se desarrollaba en medio de la niñez desamparada, desocupada, analfabeta y hasta corrompida de la «Villa», y entrada a la edad de la adolescencia, sus padres abandonaron la ciudad, el comercio, el peligro de su hija, retirándose a vivir más al campo, hacia las faldas del Imbabura, en la tierra sagrada de «Pumawarmi» Caranqui. Se compraron una casita, un solar de tierras y se quedaron a vivir gozando de la tranquilidad pueblerina el resto de sus días; se arraigaron tanto en la aldea, que a pesar de haber sido considerados desde el principio «forasteros» y apellidados por sobrenombre «los puendos», «los guaneños» y su hija «la Bolsicona», con el transcurso de los años fueron tratados como auténticos aldeanos de esta típica comarca.

Transcurrieron los años y Lola se miró extasiada en el éxtasis gracioso de la juventud y sintiéndose una perfecta mujer, con la preocupación subgéneros de todas ellas, comprendió que por la exigencia y el rigor de sus padres, había estado olvidándose de dar pábulo a la inquietud de su corazón de joven, orgullosa, y altiva, pero siempre sonriente, dio comienzo a la tarea de «parar oídos a las frases de amor».

Era el encono de todos los hombres que para suerte suya le conocieron. Se atrevió en cálidos amores con Hilario, el cholo más altivo e inteligente de la aldea.

Y como la copla de la región dice:

Un cholo ha muerto de amor
Por una chola de aquí
Como cholita nací
También por él, muerta fui.

Se amaban con amor infinito; y en sus horas de romántica tertulia:

- Me amas? - le interrogaba ella; y él, delirante añadía: - Oh Lola mía, eres todo un sueño, mujer hermosa, eres mi vida misma ¡te adoro ¡... parece que el cielo en un instante de amor se ha detenido, porque sueño que tú eres el cielo y que el cielo es mío -

Así se amaban.

Muy a menudo cruzaban los senderos de la aldea, entrelazados sus brazos, juntos sus pechos amorosos, sonrientes, demostrando en las facciones de sus rostros la entera satisfacción de amarse.

Pero, una mañana.....

Escuchó su nombre, pronunciado más con pasión hartera, que con cariño.

- ¿Lola?- decía una vos ronca- Por dios te digo que eres lo que nosotros llamamos guapa... ¿te atreverías a amarme? -

Era el viejo hacendado, Don. Agustín Lozano, el impertinente de sus amores. Con el rubor de sus pocos años, la Bolsicona, se quedó en silencio y se retiró del lugar.

Desde esa mañana, fue siempre perseguida por el viejo. Hasta que una vez, arrebatada de coraje dijo;

- Don. Agustín...cree Ud. que le merezco?... entienda que tengo alguien, quien me ama a mi manera, alguien quien acorta con su amor la existencia y el aliento de mi alma -

- Quién? - dijo furioso Don Agustín (tomándole del cuello) -

- Hilario Vargas... - dijo serenamente la Bolsicona -

- ¡Aja ¡... con que tú, que no tienes la suficiente libertad, ni para vivir tu misma, amando a quién no debes...no? -

- Cree Ud. que mi vida depende de su ambición? -

- A que sepas que sí... Tú padre desde que llegó aquí, pasó ha ser mi gañán, porque vive en la aldea que yo dirijo y trabaja para mí -

- Y de dónde tanta autoridad y poderío? -

- Mi rango y mi plata hijita... Y no te admires que si tu sales con la tuya de casarte con el longo del Hilario, vengas a ser también tu mi gañan, y a tu joven esposo lo envíe al trabajo y a ti pueda disponerte, querida -

Se ruborizó en iras la Bolsicona y rompiendo furiosa dijo:

- Viejo infeliz... tendrá la hombría de hacer eso con otras mujeres, pero no con la familia de mi padre honrado -

- Calla un poco la boca - dijo sarcásticamente - Lo hice con tu madre, donosa, pero ahora la vieja ya no me sirve y me gustas tú preciosa -

Lloró Lola Imbaquingo y ante tan crueles palabras, sintió - por primera vez desgarrarse el corazón.

Se dirigió hacia su ser querido y allí estaba, alegre y sonriente.

- Porque Lloras? -

- Porque Don. Agustín me... (Quiso narrar lo acontecido, pero no continuó) y se calló... y no conto lo sucedido, quién con amor propio y con garras de hombre hubiera exigido la enmienda del que malintencionadamente procedía.

Se calló... Por temor ? ... A veces el amor nos vuelve recelosos y más aún tímidos... Por prudencia ? ... Es difícil que el amor sea prudente. Pero, se calló aquello que para más tarde pudiera constituir su ruina.

- No Lolita mía - decía Hilario - ya sé porque lloras... Quizá el viejo le dio malos tratos a tu padre -

- Sí, dijo... sonriéndose y acariciando el rostro de su amado.

La indiscreción de Don Agustín Lozano, seguía en auge; y cuando de pasiones del instinto se trata, el hombre como animal, es constante.

Un día gritaba borracho en presencia de su mujer y de sus hijos:

- Hijos de perra ¡... La Lola ¡... La Bolsicona ¡tiene que ser mía... aunque sea desapareciéndole al indio cabrón del Vargas -

Y montando en su caballo, tomó una pistola, salió con dirección a la aldea.

Todo el trayecto del camino que une a la hacienda con la aldea; fue de insultos, de recriminaciones y de risas sin sentido de un borracho.

Se aproximaba a la casa de la Bolsicona y meditando un poco, el hombre frenó a su caballo, sacó de la funda su pistola y manteniéndola en alto continuó en su carrera.

- Que salga el más macho ... el que se ha cruzado en mi camino.... el infeliz del Vargas que se ha metido en cosas que le van a costar caro ¡¡¡ ....Ufff ¡¡ ... Cholos infelices ... indios gañanes ... longos salvajes .... No me sirven ninguno porque todos son maricones, estúpidos ¡-

Así regañaba el viejo y, reconociéndole apenas a la madre de Hilario, que para mala suerte cruzaba la plaza con dirección al hogar, le propinó un golpe con la «taraba» de su cabalgadura a manera de patada y estropeándole con los cascos del animal, déjale en un charco de sangre; agonizante se retorcía sobre el lecho de su dolor inesperado. Mientras que el viejo Agustín, disparando al aire, se retiraba, más bien, huía como un vulgar criminal.

II

Los aldeanos se mostraron compadecidos por lo acontecido con la madre de Hilario.

Todos se acogieron al dolor.

Condenaron el hecho... Tramaron de mil maneras, sobre la forma de hacer justicia... Tomaron la firme decisión de abandonar los trabajos de la hacienda. Y lo hicieron efectivo, el lunes de la siguiente semana, nadie se presentó al trabajo.

Don Agustín, inquieto, por su propia situación, en vez de reconocer el delito que lo hizo en estado embriaguez, llamó a su sirviente Raimundo; un mostró «mal encarado» traído de la costa, tenía éste, tendencias criminales y era un viejo curtido de aventuras y delitos. Tomó a sus aduladores y salieron a la aldea; entraron en la principal con miradas amenazadoras y carácter sentencioso dijo gritando:

- Atención... Atención... Vengo aquí porque no quiero verlos morir infamemente... Sino vuelven a los trabajos respectivos, mañana, yo mismo encenderé las mieses de vuestros hogares y os veré morir de hambre... y no tendrán el agua de beber, que pasa por la hacienda y se morirán de sed... (Se rieron brutalmente y regresaron a la hacienda)

Se regaron las amenazas. Temerosos los hombres y llorando las mujeres reflexionaron en la sentencia. Resolvieron volver a los trabajos.

Salió la bolsicona a la asamblea aldeana de curiosos y preocupados; subida en un banco de tierra; tomó la palabra les hablo con la eclosión de las ideas, de su espíritu rebelde, nacido para vivir su libertad racional y dijo:

- Compadres ¡... hemos venido aguantando desde el tiempo de nuestros «taiticos», el abuso de nuestros amos. Somos esclavos de la ambición de los ricos. Nuestros «taiticos» ya han sufrido por nosotros; y ahora...da no demos gusto a estos «mishuss» abusivos... No podemos esperar por más tiempo, las injusticias y el robo de estos «raquishugas» que con el hecho de nacer como «achilitaiticos», se creen hasta dueños de nuestras vidas...reunámonos vecinos ¡... Por cariño a nuestros taciticas, por protección a nuestros «huachitos»; por amor a «ñucallacta» y acabemos con estos «mishus» muspas -

Así habló, heroicamente, la Bolsicona.

Y como en las aldeas, los rumores vuelan como el viento, llego a oídos del cura los comentarios y resoluciones aldeanas.

- ¿Cómo? -dijo el venerable anciano - en este solar bendito, ¿con agitaciones del liberalismo ateo? ... ¿No sabrán que hay que sufrir cristianamente y en amor de Dios?

- No contentéis, únicamente con ir al evangelio los domingos? -

- ¿Arderéis en el infierno por vuestra ofensa? - Dios, os no acogerá en el cielo si en la tierra no sois obedientes, humildes y respetad la voluntad de quien os cobija, dándote el

pan y el trabajo... Miserables de alma ¡-

Mientras que el «mitin-aldeano- seguía en su programación. Se idearon mil maneras de defenderse de la amenaza del hacendado. Se nombraron comisiones para presentar las quejas respectivas al Gobernador.

- Hilario, con lágrimas de hombre, que caían de sus cansados ojos, dijo:

... La actitud que estamos tomando es sin resultado práctico... estamos viendo la realidad de las cosas, como la autoridad ordena sin piedad reprimir al sufrido, estamos palpando la muerte de nuestros hermanos del sur, de la costa... Hermanos ¡... El porvenir de nuestros hijos, las camas de nuestros ancianos padres, el pudor de nuestras mujeres; exigen que tengamos serenidad y calma. Nuestra vida es de aspereza, de sufrimiento, pero recordemos que somos hombres ¡con esa hombría que aspira a ser honrada y que dignifica... Qué importa las injusticias de la vida? .... Si hemos nacido pobres y moriremos atados al martirio ¡

Vertieron mil suspiros de sus corazones desvalidos y con el llanto de las mujeres y de los niños, se retiraron a acurrucarse en la humildad de sus hogares a la lumbre de sus «tulpas», sin más esperanza que la de seguir sufriendo con dignidad.

Esa misma tarde, de sus pupilas grandes con su corazón, la bolsicona derramó perlas, que nosotros las llamamos lágrimas. Y, llorando ella e Hilario con miradas pesarosas y tristes, perdiòronse en el lindo polvoriento de un camino.

Transcurridos los agitados días. Una mañana llegó Joaquín el padre de la Bolsicona, venía desde la hacienda, y agitando a sus vecinos manifestó:

- Don Agustín me ha sorprendido cruzando los terrenos de la Hacienda, después de maltratarme y arrebatarme mis pertenencias me gritó: - Que no es calle pública que al que así le encuentra, ole culpa de ladrón, o le sigue querella -

- El viejo está loco - asintieron todos.

Desde entonces, nadie cruzo los terrenos de la hacienda, sin el permiso especial del amo.

Llegó a tal extremo el abuso, que ninguno de los aldeanos podía visitar los sembríos que tenían al costado extremo de la Hacienda, sin antes explicar o consultar al Don. Agustín.

No llegaba todavía la luz completa del día y cernease en el ambiente como un vestal de Barahona la transparencia de la madrugada. Raimundo, el sirviente de la hacienda, recorría la comarca de los aldeanos, predispóngales al trabajo.

Salieron todos y formando un largo cordón humano se dirigieron por un estrecho sendero hacia el sitio «huagraloma» abrigados contra el frío con el paño grueso de sus ponchos rojos y con su blanco sombrero de lana sobre la torpe cabeza, con una pala al hombro, o una pica, o una barra entre sus manos, seguían esa fría mañana la ruta trazada por la quimera de su pobreza, de su desheredad y mala suerte, pero iban alegres, porque trabajar no es afrenta, es un deber.

El instante que comprendieron la clase de trabajo que tenían que desempeñar, se

tornaron nerviosos i llenos de miedo.

Se había desbordado la acequia de agua de la Ha. en el sitio «huagraloma» y en su túnel había un derrumbo en la parte interior.

Se escuchó el balbuceo de una voz que decía:

- Jaco apurailla... Jaco apurailla -

Y otra voz que interrogaba:

- Maimanda - rringui carajo ¡

- Ñuca chai-lado, vos ca huagraloma -

Detuvieron sus pasos, y nadie quiso continuar.

Llegaba el mayordomo, y notando su timidez, dijo:

- Riqui... Riqui... Runas brutos ... Jaco apurailla maricones ... o ...jacocepillo -

Atemorizados por la sentencia que les decía: Anden breve maricones o vamos a ahorcarles, siguieron caminando hacia el lugar del trabajo.

No querían llegar hasta «huagraloma» porque según la tradición, en ese lugar, los antepasados, habían enterrado el «zurrón» una bolsa de cueros con amuletos que usó la última de las princesas caranquis llamada «Pacha» madre de Ataw-Allpa, y que según la misma tradición, ese «zurrón» se ha convertido en un toro bravo que atacaba a cualquier hora, a quién se acercase a profanar el lugar.

De todas maneras, llegaron al sitio y mirando detenidamente, comprendieron que el daño era en la mitad del túnel.

- No entramos ¡- gritó el huasicama.

- Apurailla... Apurailla... longos bestias - gritó Raimundo.

Pero se negaron hasta la tercera vez y enarbolando el látigo, Raimundo azotó a los desobedientes, haciendo blanco en sus rostros curtidos.

Eran más o menos unos diecisiete los maltratados. Nadie protestó, sino que huidos los unos y arrodillados con las manos juntas los otros pedían clemencia.

Era conmovedor, llegaron mas hombres como refuerzo y venían embriagados, porque tuvieron tiempo para servirse un «pilche de chicha» en ayunas, esa porción líquida que cuando es más toxico es más apreciado.

Cuando se percataron del cuadro conmovedor que protagonizaban sus compañeros, reaccionaron y uno de ellos tomando la pala de trabajo, descargó un garrotazo en la cabeza montuna de Raimundo.

Cayó al suelo el criminal y como último delito de su vida, saco un revolver de cinco

cartuchos y descargo todos, matando a unos e hiriendo a otros.

Se atemorizaron un instante por la detonación de los disparos, pero ante el hecho sangriento y agónico de sus hermanos, prosiguieron en la consumación del crimen, y le dieron tantos garrotazos que el capataz expiró rápidamente.

Y conforme a la ley que dice:

«Cuando los hombres actúan en las multitudes, las inteligencias se restan y los instintos se suman» se tornaron en fieras verdaderas, sin reflexión alguna, regresaron a sus cosas, tomaron a sus mujeres y a sus niños, prepararon sus maletas y...las prendieron fuego ¡y permitiendo que se destruyan las cosas y las pertenencias queridas, testigos de las dolencias y amarguras, de las vicisitudes en la vida y de sus alegrías, contaminaron también a sus cebadales y maizales. Era la época del verano y las mieses estaban secas y amarillas.

Salieron con dirección a la montaña, demostrando en sus facciones la supremacía y altivez de su raza.

Pero, la vida es grave y el revés de la imprevisión es el desastre.

Don Agustín diese pronta cuenta de lo que acontecía en la hacienda. Llamó a sus aduladores, descolgó un fusil de la pared de su cuarto, repartió carabinas y machetes a los suyos y: - Por aquí - dijo tembloroso señalando un desfiladero que se perdía en la espesura de la montaña.

La bandada infeliz de hombres de la raza sacrificada, aligeraba sus pasos, perdiéndose en la humareda del incendio y confundiéndose con sus ponchos rojos y anaranjados en las fogatas destellantes de su crimen.

Llorando su mala suerte, esos seres parias, partían, en medio de los desgarradores aullidos de los perros; y de los chillidos de agonía de los cuyes (se incineraban en el fuego ardiente de las cosas).

Don Agustín, bufaba como animal, posesionado en un intrincado desfiladero, por donde necesariamente tenían que cruzar los hombres.

Llegó la turba doliente de los desheredados y:

- ¡Alto ¡desgraciados...Hacia a donde, Bambaros -

Se detuvo un momento el pelotón de emigrantes y el huasicama fue el primero en sublevarse.

El hacendado, guardaba todavía resquicios de reflexión y les incitó:

- Jaco huasima - (vamos al hogar)

- ¡No, vas a matar ¡

- Jaco huasimas yanaburros... Jaco huasima alcos ociosos - (vamos al hogar burros grises, vamos al hogar perros vagos)

- Mi lástima no es la de Huaina- Apac, les tuvo lástima en esas épocas, perdonó vida a niños y adolescentes, y no les arrojo a «yahuar-cucha» -

- Misshuuuuuuu huairapamushca - dijeron (Hombre entrometido venido en el viento) y desprendiéndose de sus maletas y de los niños que llevaban entre los brazos se lanzaron a vengar el insulto y a hacerse justicia por sus propias manos.

Don Agustín hizo una seña. Sonaron las descargas y los desgraciados rodaron pendiente abajo, ante el horror y angustia de las mujeres y de los niños.
Cayeron todos en desigual batalla.

Los criminales tomaron los caballos, no sin antes ultrajar a las mujeres emprendieron el viaje de rector y al partir:

- Ya perras infelices ¡... No les ha gustado el bien¡ ... anden como gitanas indias animales -

Llegaron a la hacienda y se encontraron con que el fuego había devorado no solo los mieses de las tierras de los aldeanos, sino también de las tres cuartas partes de los sembríos de la hacienda, incluidas unas cuadras de caña de azúcar que quedaban a las orillas del Tahuando. Los aldeanos llenaban los patios, y el viejo hipócrita con gestos de un común fariseo, lloró desesperadamente y gritaba:

- Oh Dios mío... me han quitado el sustento de mis hijos -.

III

Rayaba el alba de una mañana andina, y se dejaban oír el murmullo del canto lastimero de los jilgueros y ruiseñores de la montaña.

Despertó la Bolsicona, triste melancólica, nerviosa, temerosa. No había dormido bien, preparó el sahumerio de palo santo, de copal y de hierbas medicinales y aromáticas.

Se preparaba para sahumar las penas y tristezas de las familias de los muertos.

Era domingo, la Bolsicona, apareció ataviada de Sahumadora, tejiéndose sus gruesas trenzas. Mientras que en las torre de la Iglesia de Caranqui, sonaban los toques fúnebres que llamaban a misa.

Se escuchaba lejos, acentos melodiosos de una música tristísima que se confundía con el sollozo de las gentes y el aullar de los perros.

Era un Yaraví, de esos que muy a menudo se escucha en las comarcas, era una música formada por un concierto de flautas y de silbos, entonados por corazones solitarios, arrancando con su aliento, expresiones más hondas que un gemido.

Sucedía que los indios de las demás comarcas, acudieron al entierro de sus hermanos mártires de las injusticias de la vida. Sentados bajo los aleros de las casas de la aldea, estaban cientos con sus rostros pensativos, sus miradas meditabundas y soñolientas, reflejaban la interrogación que se hace el indio frente a la realidad de la muerte.

Horas más tarde, cuando las campanas pueblerinas tocaron sus repiques para la misa de doce de ese domingo, todos, hombres y mujeres, yacían caídos en las arenas desnudas de las calles, embrutecidos totalmente por la chicha que ingirieron para matar las penas.

Revolcándose en el suelo de las calles, con lágrimas en los ojos, llenos de sentimiento; cubiertas de luto sus almas inocentes, cantaban el típico sanjuanito «ñuca imbaya», canción que resulta alegre en los días de bonanza y tranquilidad, la que la cantan cuando la cosecha es buena, cuando con la yunta de sus bueyes madrugan al campo a preparar la tierra; y la misma que resulta ser el tristísimo acento de un nocturno de llantos y quimeras en las horas de angustias y de dolor.

Ebrios de su melancolía, parece que maldecían su desgraciada suerte.

Mientras se desarrollaba esta escena en el campo florido de la aldea, que demuestra la situación real del aldeano, por una cuadra mas allá, pasaba altiva y gallardamente Don. Agustín Lozano, entró a la Iglesia, luciendo sus hermosas botas rodilleras de charol negro, su corbata de lazo haciendo uniforme con su terno también negro. Demostraba el rostro la falsa contrición. Era el retrato del que representa en sus facciones la hipócrita condolencia, cruzando el espacioso campo del templo, llegó hasta la altura de las primeras bancas y se posesionó allí. El sacerdote, respetuoso y venerable, iba a decir su sermón y acicalándose en la seguridad de sus gestos y del viejo ejercicio de su misión dijo:

- Queridos hermanos míos en nuestro señor Jesucristo... Imploremos al Señor que

nos mire con ojos de misericordia, que derrame la luz bienhechora sobre nuestras familias, sobre nuestros padres, sobre nuestros hermanos prójimos... Que guie a los caminantes, ilumine a los navegantes y de conformidad a los cautivos.

- Que guíe la inteligencia de los torpes, que renueva la conciencia de los ateos e ilumine a la de los infieles; que nos guarde de los enemigos de la Religión y de la Iglesia; que preserve de las llamas del infierno a las almas de los justos y castigue a las de los que en la vida no hicieron más que males -

Hizo una breve pausa, y entre los asistentes se escuchó un murmullo de voces y alguien cristianamente dijo:

- Le fregó al viejo desgraciado -

- Nuestra aldea que ha vivido años de sosiego y de paz, nuestras gentes que hasta ayer fueron humildes, nuestras almas que fueron candorosas, nuestras mentes que tenían únicamente pensamientos de misericordia, nuestros corazones que no palpitaban sino, para la candidez y el amor santo .... Hoy se hallan lacerados por la ola del fastidio corruptor de las ciudades...

- Nuestra aldea hermanos míos, se ha convertido en suburbio de agitadores... ¿Pensáis que los acontecimientos no son de profunda meditación? ...¿Que las almas de los ignorantes, que por dirigirse de acuerdo a maliciosos conspiradores contra la paz de las almas y del pueblo no están purgando en el infierno? ... ¿y que los que quitan el honor, los que calumnian, los que perjudican, los que roban el sustento de los hijos, los que atentan contra la vida del prójimo, como hicieron con Don Agustín, un hombre cristiano en el amplio sentido de la palabra... un hombre racional con cualidades morales y éticas bien fundamentadas, tienen en la hora de la muerte el poder de la salvación? ... ¿Que los incendiarios se libran fácilmente de la condena eterna? ... ¿No pensáis que estos tienen un puesto especial en el infierno? -

- Meditemos en todo lo que os he dicho; y concluyamos que, lo que han hecho nuestros indios, lo que habéis hecho vosotros al no querer asistir al trabajo, el crimen que se ha cometido al incendiar los campos, que no son suyos sino que son legados de la bondad de Dios y su misericordia, que la sobrada altanería y rebeldía que os caracteriza estos días, son fruto de agitaciones contrarias a nuestra religión, son principios de sublevación y exterminio...-

Así habló el santo párroco, ante el recogimiento de los fieles, que no necesitan la imposición de la verdad mediante el miedo...

Todos sin excepción quedarnos estupefactos, no entendieron el mea culpa expresado por el Sacerdote. Don Agustín miraba detenidamente hacia el altar y pareció quedarse abstraído en su nobleza de cristiano.

El día siguió en su natural desenvolvimiento, y de la tarde no quedaba sino el recuerdo de los instantes vividos por sus gentes, en medio del sonar de las flautas, del túndala, del bombo, y del llanto de esos hombres que meditaban en la realidad que ellos llaman destino.

IV

La Guaneña habíase quedado meditando sentada en la banquita de barro de su casa, mirando hacia el horizonte, meditaba quizá en el misterio de la vida.

De pronto:

- Ch ¡... Lola mía... ¿qué haces solita? -

- Nada... pienso en lo efímera que es la vida -

- Ooooh ¡... déjate de cosas... ¿Acaso no me amas? ... ¿No me tienes a tu lado? ... ¿No comprendes que nuestro amor será eterno? -

- ¿Y que nos amaremos aún en el más allá? ... sin ti mi vida sería, quizá como no serla... Quiera Dios que nuestros corazones palpiten unidos siempre y que nuestras almas comulguen en el altar santo de la felicidad...-

- Si, -decía ella - Te amo más que a mi madre, más que a los días de mi existencia, porque vas en mí ser como una herida, y aquí en mi corazón como la vida...-

- Hilario... el párroco... ¿Qué dirá? -

- ¿Viene hacia aquí? .... Sí ya entra... Buenas tardes de Dios Taita curita -

- Buenas tardes hija... ¿Cómo estás? ... ¿Y este, que hace aquí? (dijo el anciano señalando a Hilario)

- Vino a visitarme Taita curita -

- No, No y No... Esto no está bueno, una muchacha joven como tú no debe ser visitada por nadie... Quiero que vayas a la casa de Don Agustín y le entregues este recado -

Regañó entre dientes la Bolsicona, tomó el encargo e hizo una señal a Hilario para que le siguiera. Salieron con dirección a la hacienda.

La Bolsicona no quería mirar la figura horrible del hacendado.

Llegaron cogidos de las manos, el viejo quedose mirándoles, extendió la Bolsicona el sobre e hizo la entrega de lo que le habían encomendado. Abrió el pliego de la carta y encontró frases escritas con puño débil y tembloroso.

Nunca se llegó a tener conocimiento del contenido de esas frases; se ala de los pelos con ademán furioso y en contraposición a sus furias, lloró; vertieron lágrimas sus ojos renegridos, por segunda vez en la vida (dicen que la primera vez lloró cuando nació) su expresión de llanto parecía tener el dolor del arrepentimiento.

Los mensajeros iniciaban el retorno. El sol declinaba detrás de la cordillera occidental y los jóvenes amantes iban por el sendero amarillento de la aldea.

Con la desconfianza innata de las mujeres, pregunta ella:

- ¿Me amas? -

Y el fundía su respuesta con el aliento cálido de un ósculo en la frente.

Entretenidos en los instantes (eternos) del amor, las horas avanzaban y el día perdías en las horas claroscuros del crepúsculo, y ellos, lentamente evitaban los cabizbajos del camino; llegaron a la plaza y se escuchó el último chasquido de un beso que se confundía con el frío de la noche; luego se vio a dos siluetas que saliendo de la oscuridad cruzaban la plaza para perderse otra vez en las sombras del manto de la noche.

Esa misma noche, la Bolsicona no durmió, y no pudiendo conciliar el sueño amaneció a la luz del nuevo día. Sufría de insomnio causado por su primer amor. Levantase como de costumbre, suspendiendo en sus labios una canción criolla y rememorando el sueño que de por vida sueñan las mujeres, cantó:

Está mi alma suspirando
Por el guambra de mi amor
Y mi corazón llorando
Ay ¡mi guambra es un primor.

Yo soñé anoche contigo (Bis)
Que untados y en altar
Cogiditos de las manos
Nos íbamos a casar.

Cantaba esta canción la Bolsicona, saliendo alegremente con dirección a la fuente de «chuquichinchay-huarmi» deidad estelar, a traer agua para el hogar. Ante sus ojos, bellos como la luz del paisaje andino, descubrió un espectáculo de blancura sobre el fondo de la montaña.

Se trataba qué por el cielo de la cordillera andina, cruzaban el espacio, un grupo de garzas blancas que seguían la dirección norte. Era una bandada feliz de garzas y gaviotas que formaban un contraste armoniosos de blancura, al brillo de la lusa de la mañana y sobre el fondo gris de los montes. Iban aleteando pesarosas, lentas, demostrando en su vuelo la resistencia del viaje.

A estas aves se las mira con frecuencia durante el año, provienen del lago San Pablo, donde existen en abundancia y emigran hacia los demás lagos de la comarca.

Para la época, ala que nos referimos, rarísima vez se observó este fenómeno, razón por la que, La Bolsicona, quedose emocionadamente distraída.

Cuando llegó de regreso a su casa preguntó a su Padre:

- Papa Joaquín... Que aves son esas que cruzan el espacio ? -

- ¿Cuáles? -

- Esas aves blancas que parecen ser más grandes que un gavilán -

- ¿No serán golondrinas invernaras?

- No, son mucho más grandes y por añadidura blancas -

Levantase el viejo y saliendo al patio de la casa, alzó las miradas al firmamento, alcanzó a divisar unos pequeños puntos blancos que se movían lentamente.

- Oh ¡- exclamó - Para colmo de males, estas aves son presagio de sequía para nuestra tierra, y esto que te digo hijita, es tan cierto como cuando canta la gallina y algo malo le sobreviene al dueño... Me contaba mi difunta tía Micaela que cuando ella era niña, cruzaron por el cielo estas aves y se dio origen a una hambruna atroz y desesperante -

- ¿Quiere decir que este año no vamos a tener que comer? -

- Algo peor hijita... quiere decir que este invierno no ha llover y que las mieses no darán frutos, las acequias se secarán -

La Bolsicona suspiró levemente y continuó en sus viajes de agua para el hogar.

Los Hombres llenos de espanto y las mujeres aterradas, es pectaban, lo que Joaquín dijera y parecía ser un mal agüero.

La natural entró en el clímax de la tragedia, las chacras de maíz estaban en flor y los agricultores anhelaban entusiasmadamente que llegue el día de la cosecha. Los frutos exhalaban el perfume de las flores, los sembríos despedían el esplendor y frescura de su verde esmeraldino, las frutas descollaban de los de estambres con el brillo perfumado que despiden sabor y exquisitez, pero los días indicaban un presagio de tragedia.

Amanecía con el firmamento azulejamente despejado, el ambiente era frío, extremadamente frío, y a medida que despuntaba el alba, iba apareciendo sobre el camino infinito de su diaria carrera, el astro rey, irradiando de belleza; sus rayos en contraposición de las amanecidas frías, eran sofocantes y extremadamente cálidos.

Este fenómeno con la consecución de su presencia diaria, no tardó en marcar sus consecuencias y en dejar sus huellas desastrosas en el marco de este paraje andino.

El verdor de los umbríos desapareció; fue muriendo poco a poco, todo aquello que al vegetal le mantiene con vida; los maizales enardecían amarillentos luchando contra la asfixia del calor del día, para amanecer a la mañana siguiente con sus tallos en el suelo, tendidos por la violencia de los vientos fuertes de la noche fría. Los demás sembríos de cereales y frutos, que en otro tiempo hicieron gala de prodigio, de bondad, no quedaban sino, resquicios que delataban que allí hubo un sembrío y que ahora no quedan sino el desperdicio.

Los cactus y espinos se agobiaron en la fuerza del calor extraordinario de este mal tiempo.

Los hombres, las mujeres, los niños y todos los habitantes; comenzaron a sentir el efecto de lo que se llamó «sequia». La situación se volvió difícil, porque aseguran que hasta las fuentes se secaron o disminuyeron los caudales de agua, el único recurso de abastecimiento de agua para el uso doméstico, fue el de recopilar en estanques (cochas) trayéndolo con dificultad desde el páramo, la misma que se descomponía por estar estancada, entrando en fases de podredumbre, de la que se suplían para la sed inclusive los animales domésticos.

Nadie hizo su cosecha, todo se consumió en la inminencia de la temperatura; los animales carecieron de pastos y los hombres padecieron de hambre. Dinero circulaba en abundancia, pero no había que comprar. Llegaban unos pocos quintales de harinas, que debido a la especulación, llegaban de las de calidad amarga.

En la Aldea el problema era más difícil de solucionarlo. Solamente Don. Agustín y unos tantos ricos, tenían llenos los graneros de sus haciendas.

Los aldeanos sin tomar su alimentación en la proporción debida, sentíase débiles y desnutridos; y como la cabeza se hizo para pensar, he aquí que Don Agustín se ideó de una manera sencilla de lograr la ampliación de sus tierras de labranza en la hacienda.

Propásales a los aldeanos, concederles una ración diaria de víveres, a cambio del trabajo en su hacienda, en esta forma redujo a los hombres a un valor expresado en trabajo. Aquellos que trabajen no se morirán de hambre.

Hilario tenía entre las manos, dos problemas; la situación angustiosa del tiempo y la enfermedad de su anciana madre. El joven aldeano, sin embargo despuntaba sonriente por el áspero camino de la vida. Tenía el amor de ella; y dicen que cuando se ama, el hombre embebido en la felicidad del cariño, se pierde o por lo menos disminuye el hambre y hasta el dolor no se lo siente. Pero la realidad es que todos padecían de hambre y aunque se tenga disponible ese vaso desbordante del amor, cuando los corazones están desnutridos, aunque se comulgue diariamente y a cada instante en el altar de la constancia, el hambre es hambre, e Hilario tuvo que ir a trabajar en la hacienda.

Cruzaba los senderos, en su diario trajinar hacia e trabajo, unas veces entonando con su silbo alguna canción del terruño, otras meditando con sus miradas pensativas, ingresaba a la hacienda, dibujada en sus labios la alegría optimista que sabe sentir solamente el hombre del pueblo, cuando tiene la seguridad del trabajo. Siempre a la misma hora se encontraba con Don. Agustín.

- Buenos días patrón -

Ni un leve susurro, nadie contestaba, solo se observaba el relámpago ardiente de las miradas de Hilario y la ironía del viejo. Como ya no existía el viejo Raimundo, él mismo instalaba el trabajo; sin pronunciar una sola palabra, se pasaba el día controlando a sus gañanes.

Trabajaban más o menos, unos noventa seres humanos, entre ancianos, jóvenes y niños. Fundiendo sus últimos resquicios de fuerzas, en aras del trabajo, no dejaban oír sino, el chasquido o golpe de las herramientas sobre la verde madera.

A la tarde, cuando de la tarde ya no quedaban sino pequeños rayos de luz sobre el campo de la naturaleza; y cuando los hombres trabajadores sentían desmayarse, el gamonal que aparentemente aparecía mudo, abría la boca para balbucear insultos:

- Gente ociosa... No han hecho nada, den gracias que ya está oscuro, porque si no les obligaría a trabajar con más rendimiento, para que entonces reciban con frente limpia la ración de víveres y no a manos lavadas como ahora, maricones...-

En procesión luctuosa, desde el campo del trabajo, llegaban todas las tardes a los patios de la hacienda.

Se aprestaban para recibir la porción correspondiente de víveres a su día de trabajo, y como una ironía para su pobreza, cuando Hilario sacaba del bolsillo de la chompa de «hilo chillo» el mantel para recibir el valor de su trabajo en víveres, el patrón empolvado, abriéndose los botones del chaleco entrando a su fastuoso salón, recostándose sobre una cómoda daba tres golpecitos sobre una mesa. Corría la señora de Lozano y en el espacio se escuchaban estas palabras:

- Diles que no hay quien les reparta los víveres... Que se vayan y no molesten, diles además que no te confío a ti la repartición, porque no sabes considerar lo que cuesta y sabes darles demasiado...Ufff (dijo abrochando la funda de su revólver y acomodándose mejor sobre su lecho)

La señora salió sonrosada, al corredor, y ligeramente avergonzada añadía:

- ¿Oyeron? -

Instintivamente cerraban los puños, y querían protestar a gritos.

Hilario, el joven altivo, con determinación arrogante, quiso llegar al lugar donde estaba el viejo empedernido para castigar el, abuso, pero los demás no lo consintieron.

Entonces, dejando caer de sus hijos fugitivos, el asombro de aquello que humanamente parecía imposible, lleno de dolor y espanto se retiró de la hacienda.

Cuando salía el último callejón estrecho para entrar en el campo abierto de la comuna aldeana, llevando la mano derecha a manera de casera sobre la frente, descubrió en la bruma de la noche la silueta conocida de su amada.

- Lola, ¿porque vienes así tan triste? ... ¿qué tienes? -

- Nada, que la vida se hace insoportable... siento desfallecer y morirme -
-Pero ¿qué tienes? ... ¿no comprendes acaso que te amo como nunca... acaso no miras como nuestro amor se ensancha y se desborda infinitamente?

- No es eso Hilario ... Mira la situación angustiosa de la familia, la desesperante angustia de mi madre, la inquietud de mi anciano padre, y yo indefensa ante la crueldad de la naturaleza ... Mi madre llora desfalleciente de hambre, mi padre trabaja sin saborear un bocado en el almuerzo, trabajando como animales, como bestias, bajo el boyero injusto del gamonal, del viejo insípido que nació a la vida solamente para causar males .....Ay, Hilario, una espina lacra mi corazón inquieto, un puñal traspasa mi pecho emocionado y una llama sofocante enciende en el ara de mi alma sufrida la lámpara impía .... ¿Oh, Dios mío (dijo llorando) sabes de qué? .....

- De la venganza -

- Hilario¡¡¡... di a los compadres que al regreso de la hacienda recojan las tunas y los nopales, para con las viejas chismosas enseñarles en la noche a preparar «tuninopal», con «cholas de guano», que recojan «Mashua» del Tampu, para hacer colada, y salir de esta hambruna -

-Hilario dio la despedida a la Bolsicona y le dijo estas palabras:

- Regresa al hogar, que llevare lo que pides, atiende a mi madre, sufro porque está grave. Si algo sucede, te ruego que vengas tú misma en persona con cualquier noticia -

El viejo alcanzó a oír las últimas palabras pronunciadas por Hilario y en sus adentros se hizo estas consideraciones:

- Es un hecho que antes de que sea ms tarde, vuelve la Bolsicona -

Llegaron al trabajo y:

- Atención... atenciòn, os presento a mi nuevo ayudante. Dijo el viejo hacendado a los demás trabajadores, quienes buscaron con gran curiosidad al dichoso aludido y solo encontraron la figura esbelta de Hilario.

- ¿Cuál? - preguntó Joaquín el padre de la Bolsicona.

- Este - dijo el viejo - Hilario Vargas... será mi ayudante; y sin añadir más explicó que su esposa se encontraba enferma:

- Él verá y controlará los trabajos -

Tomó las bridas del caballo y siguió el camino de la hacienda.

Los trabajadores se miraron extasiados, palpaban la realidad, pero no creían, preguntándose unos a otros se decían:

- ¿Como, su enemigo de ayudante? .... Mmmm? ...(quedaron se indecisos).

Hilario, despojándose de la chompa que venía vestido y alzándose las mangas de la camisa, iniciaba también su trabajo, porque se sentía hombre, sujeto a esa ley universal de «comerás el pan con el sudor de la frente», sonriente y alegre exclamó a gritos:

- ¡Animo compañeros ¡... hemos nacido de padres que enseñaron el trabajo con el ejemplo honrado... vengo al campo del trabajo para trabajar, no para únicamente vigilar -

Estas frases fueron consoladoras para los sufridos corazones de los aldeanos, quienes tomando aliento y entusiasmo no dejaban oír sino el ruido de las herramientas, el zigzag de los machetes y el movimiento de unos brazos fuertes.

V

Don Agustín, perro y por más señas viejo, en el proceder compasivo frente a Hilario, no lo hacía sino, porque conocía sus debilidades, mimetizado su corazón en esta forma, después que dejo a Hilario con la responsabilidad del rendimiento del trabajo, no se dirigió a la hacienda, porque para ese entonces su señora mujer, gozaba de mejor salud que la de él mismo, sino que posesionado en una colina inmediata, la que facilitaba observar todos los senderos que conducían tanto a la hacienda como al lugar del trabajo, recostado sobre la alfombra verde de la hierba, inquietamente nervioso, cargo de migajas de tabaco la pipa y comenzó a esperar.

El sol en su carrera intermitente marcaba en el cenit las cuatro de la tarde. El hombre esperaba.

Malditos esos hombres que viven de la espera y más aún todavía, aquellos que ven esperar.

Comenzó a inquietarse, a maldecir no su suerte, sino su espera infructuosa.

- Ya no vino la infeliz - dijo entre dientes - pero, algún día le haré cuentas -

Dio un profundo suspiro y desesperado o más bien aburrido, iba a tomar su cabalgadura, y por la fuerza del instinto, hacía los movimientos, siempre mirando al lugar por donde tenía que necesariamente venir la Bolsicona.

- Mmmm? ... es ella, si... es la misma -

Descendió en su caballo el terreno ladero, con dirección a un recodo del camino cubierto de matorrales.

- Por ahí tiene que pasar -

Internándose un poco amarró el caballo, rompió una rama de uno de los árboles, formó un garrote y quedose esperando detrás de la sombra de un tronco añoso.

Ella, era la Ñapanga, la Bolsicona, la Guaneña caminaba rápidamente y al entrar al sombrío bosque, sintió que su espíritu se espeluznaba y el palpitar del corazón nerviosamente se aceleraba.

Aja ¡ con que cruzando mis terrenos sin mi consentimiento? -grito el viejo-

Manteniendo en alto el garrote y temblándole el cuerpo por el éxtasis de la lujuria.

Asombrada, cortó la respiración y el aliento, con la parálisis nerviosa del instante, desesperadamente, frunció las facciones agradables de su rostro, quiso gritar y enmudeció de espanto.

Paseó las miradas, con ademán de fiera que aprecia el valor positivo de su presa (el viejo) - Si te corres te mato - y soltando el garrote se apoderó de ella y arrastro ese «cadáver - muerto de miedo» hacia el interior del bosque.

En el silencio de la tarde se oyó un grito de desesperación humana; un grito que pregona con desprecio lo ruines que somos los humanos; y un lloriquear consecutivo de mujer; y esa tarde... Se ennegreció para siempre el pudor de Lola Imbaquingo, la que con cariño se llamó «La Bolsicona», «la Guaneña», la más bella y altiva, en las manos desgarradoras del impío.

¿Es que,...acaso la Bolsicona cometió el pecado de escoger nacer mujer? .... Oh humanidad sin vida ¡Olvidada de Dios, por sus pecados ¡

- Toma - dijo sacando de la cartera un billete de a diez pesos

- No digas nada a nadie, y si Hilario llega a saber esto, serán sacrificados con el cañón de mi pistola, toma esa dirección, llega a la hacienda para regalarte víveres -

El viejo se encaminó al lugar del trabajo, encontró a los gañanes que venían alzándose de la faena y se dirigían también a la hacienda.

- ¿Trabajaron bien? -

- Si patrón -

- ¿Está bueno mi ayudante? -

- Si patrón -

- Vamos les entrego las raciones de ayer y de ahora -

Entre los primeros que llegaron a los patios de la hacienda, estaba Hilario, quién al descubrir a Lola Imbaquingo, que lloraba sentada en las gradas de los corredores de la hacienda, se acercó y:

- ¿Que sucede? - ¿Por qué lloras? -

La Bolsicona guardo silencio.

- ¿Dime que sucede? .... Oh Dios mío... murió mi madre -

Llorando a grito abierto salió con dirección a la aldea.

Don Agustín, turbado, hizo que entraran las gentes para que la señora repartiera las raciones. Se acercó a Lola y con notoria contrariedad expresó:

- ¿Canalla….No te dije que no demuestres?

- Alzó la vista la Bolsicona, y guardó silencio.

El viejo, cambiando la voz... Oh, tu padre

-¿Que tienes? ... ¿Lloras por la muerte de la madre de Hilario?

Ante la presencia de su padre, se sintió cobarde y mintió:

- Si, lloro su muerte -

Joaquín envejecido en el ritmo del trabajo y de las acciones de su vida honrada, inocentona y sencilla, lo tomó a su hija por la mano y recibiendo un billete que el viejo los extendía, diciéndole que lo regalaba para el alumbrado del luto de la muerta, se despidió también con dirección al pueblo.

Caminaban un leve trecho.

Joaquín venía notando algo anormal en la manera de ser de su hija, trataba ésta de caminar lo máximo posible separada del padre.

- Pero que te pasa... ¿Qué te duele? -

Y tratando de consolar la dolencia de su ser querido, acercò los labios al rostro de su hija para propiciarle un beso. Sintiò en las mejillas el frìo de la tarde y un olor nauseabundo a cigarrillo, porque en el proceso de la tragedia, Don Agustìn le cubriò de besos.

- ¿Quièn te mucho?

- Nadie papá -

En las aldeas los padres son omnipotentes sobre los hijos y con santa reverencia buscan únicamente el bien de éstos, una especie de patrimonio de los padres y de dominio racional sobre los actos y decisiones de los hijos.

- Quién te mucho, carajo ¡ - interrogó decididamente el anciano y tomándole las manos las acerco a sus narices ... No me equivoco ... gran perra ... tienes la cara hedionda a tabaco y tus manos, sinvergüenza ¡¡¡¡ .... Se escuchó un ligero sonido, algo así como las pisadas sobre hojarascas... avanzó Joaquín unos pasos, pero no encontrando a nadie, concluyó en el interrogatorio...

Lo que sucedió fue que la Bolsicona en el proceso de la tragedia, forcejeó, y no permitió libremente que el criminal hiciera sino contra su voluntad. El ligero ruido de pisadas que escucho Joaquín, era en realidad producidas por Hilario, quien encontrando a su madre todavía con vida, retornaba a la hacienda, al encuentro de su amada, con la preocupación de saber la causa por la que lloraba en las gradas de los corredores de la casa del hacendado, pero como alcanzara a oír las últimas palabras del padre de la Bolsicona, que le interrogaba, escondido en la maleza del camino, siguió atento:

- ¿Con quién estuviste? -

- Con nadie papacito -

- Con quién estuviste... Fíjate las espaldas te has revolcado como puerca -

- No papá (dijo llorando) -

- ¿y porqué estas las folleras en esa forma? ... ¿Por qué el pelo esta suelto, y tus trajes desgarrados? .... Porqué hiedes toda a perra... Ay Dios mío ¡ (dijo el anciano llenándose los ojos de sentimiento y llorando) ... Avisa carajo, antes que te mortaje ¡ -

No hay nada más conmovedor que las lágrimas tiernas, cuando son de la madre y enternecedoras, si son del padre.

- Si, (dijo) no fue culpa mía. Iba donde Hilario a darle noticias de su madre y en la vuelta del bosque salió el viejo -

- ¿Quién?

- Don Agustín Lozano - (quiso llorar y se quedó muda)

Enmudecido también el padre, anciano, achacoso en la fuerza de la vida, no creía en las palabras vertidas por los labios adorables de su hija, loco de incertidumbre, agarró de la cerda del camino, un terrón de cangagua y pulverizándole a dos manos y de un golpe, sobre la cabeza de la pecadora:

- ¡Hoy te mato ¡... porque hijas putas no necesito, porque perras no vivirán en mi casa -

Y tomando de nuevo otro pedazo de tierra dura, de la misma calidad de la anterior, lo impulsó hacia arriba, para golpear el cuerpo caído, de repente, vio que con la agilidad de sus pocos años, un hombre saltó la cerca interponiéndose, no permitió que siga sacrificándola...

- Hilario ¡(gritó el anciano) eres tú -

- Si, oí todo... No la mate así... Ella no tiene la culpa -

Y llenándose los ojos de llanto enternecedor añadió:

- El culpable es ese viejo ¡... Ese viejo que ha manchado nuestra felicidad y que ha sembrado la destrucción de su alma de niña... Ha arrebatado el pudor de una doncella... No la mate, Don Joaquín... Apiadase de mi corazón que grita y que reclama justicia para el crimen... Apiádese de los sufrimientos de mi madre agonizante, algún día se acabarán las injusticias, no de la vida, pero si, de los humanos... No la mate... No la mate...

No la mate ¡repetía el eco que también sabe del tono y de la dicción criolla. No la mate, escucharon los demás compañeros del trabajo que llegaban rumbo a sus hogares.

Sin averiguar la causa, formaron una silla de transporte «chacana» transportándole a la Bolsicona hasta el Pueblo.

- JURO ¡ante el altar sombrío de la Noche... Juro ¡¡ ante la sombra bendita de mi amado, ante la transparencia sobria de la blanca luna, por la belleza del cielo tapizado de estrellas, por la nostalgia de mi madre querida, por los sufrimientos de mi padre honrado y por la esbeltez robusta de mi alma joven .... Juro ¡ Yo, Lola Imbaquingo, vengaré con mis propias manos el abuso de ese viejo impío -

Faltaban pocas cuadras para llegar a la aldea, y detuvieron los pasos para escuchar la voz de un niño que gritaba:

- ¡La madre de Hilario ha muerto ¡

VI

La «Ñapanga» dejó escuchar un rasqueteo fuerte de la dentadura y, callada la noche; la luna errabunda y ordinaria en su camino, titilantes las estrellas en la danza morbosa y vulgar de tantos siglos; la brisa en silencio soplaba débilmente escondida en las ramas frondosas de los aguacates y de las guabas de los contornos; y las horas de la vida que se van... se van... dejando en el pasado el recuerdo, el pretérito que ahora es más bueno.

La Luna estaba alta, titilaba en la comba azul violeta de la noche. De una noche serraniega; de esas noches que perfilan un suspiro a través de una añoranza.

La naturaleza, silenciosa y callada. En el ambiente de la aldea se escuchó de repente un leve rumor de balbuceos lejanos, que se confundían con el ruido del norte en las ventanas de las casas.

Mil suspiros y un continuado lamento angustioso de los aldeanos. Rostros pálidos. Miradas pensativas. Suspiros quejumbrosos. Alaridos lastimeros de corazones lacerados; y en fin, una hondísima quejumbre de agonía lenta; y como matiz de ese cuadro: sombras y oscuridad.

Pendiendo de los aleros de las casas esquineras, estaban unas opacas lámparas en un farol oscuro, hecho de papel celofán; y en las estrechas aceras de las calles cuchicheaban los aldeanos confundiéndose entre las sombras de la noche.

En una casa gris, a la luz de un místico farolito colocado en la puerta, frotaban al vaivén del viento nocturnal, las cortinas del velo de luto de esa casa.

Adentro: Llantos de angustia. Afuera: Vacío, sombras, oscuridad; solo un ligero rumor tartamudeando de los «Padres Nuestro», y «Ave María» de los Rosarios que se rezaron esa noche.

Hasta la naturaleza parecía respirar nostalgia en el ambiente de la aldea, había solamente un olor a ciprés, a cera y a muerto.

Toda la noche fue de movimientos silenciosos de las gentes, de todos los vecinos del lugar, con excepción de los de la casa de Lola Imbaquingo.

Al día siguiente en la misma velada luctuosa de la madre de Hilario, se corrieron mil suertes sobre la situación de la Bolsicona.

Los aldeanos, frívolos, insinuantes, tolerantes, curiosos, superficiales y dramatizado res en los hechos y en las cosas, y sin ninguna falta de responsabilidad y seriedad, fantaseaban con la «Guaneña», la «Ñapanga», la «Bolsicona», Lola Imbaquingo.

Por esta razón, en el mismo cuarto aldeano, donde se velaban los restos o despojos mortales de la madre de Hilario, los acompañantes al luto, los «condolidos» se acurrucaron en algún lugar, para matar el «chuchaque» y comenzaron a narrar su ya conocido «cuento de velorio».

- Oyen - dijo un joven mal dormido - Cuenten cachos... Ele, para no dormirnos -

- Que es pues - dijo otro - Ya saben eso de las «viejas voladores» que dicen que son de Mira, que cubiertas el cuerpo con una sábana, montadas en una escoba vuelan en cinco minutos hasta Quito ? -

Uhh… ¡ya cuento viejo ¡... Y por más señas, antes de volar dicen: - «De villa en villa sin Dios ni Santa María» -

- Y no saben... Una de las de aquí ha querido hacer lo mismo y no ha aprendido la frase y diciendo: «De viga en viga, sin Dios ni Santa María» se había dado contra las vigas de la casa y contra las paredes. (Se rieron todos).

- ¿Que horrorosas no?... Esas mujeres también han sabido secretos, para convertir en gallos, o lo que ellas quieran ese momento, a los hombres -

- ¿Cómo? -

- Nada, por ejemplo cuando ha estado durmiendo con el amigo y le siente que llega el marido, le convierte inmediatamente en gato, en gallo, o en lo que quiera (al amigo) y lo deja sentado en cualquier lugar del cuarto, de tal suerte que el marido propio no piensa siquiera que ese animal u objeto que está sobre la mesa, es el amante de su mujer -

Se rieron otra vez ante tan original explicación; pero el narrador ratificando su aseveración continúo:

- Verán: Un día, el marido de una de estas «Ñapangas», como ha sido «arriero» salió normalmente a su trabajo con su recua de mulas de viaje a la ciudad de Quito y como se olvidara no se qué cosa necesaria, en la misma madrugada, regresó a la casa unas pocas horas después de despedirse normalmente con su mujer...Llamó a la puerta y he aquí que había entrado a ocupar el lecho caliente dejado por el marido, el otro... -

- ¿Cuál otro?- (preguntaron todos)

- El otro marido pues - contestó el primero - Y así que se dio cuenta la mujer, que el que llamaba a la puerta era el marido propio, le convirtió al amante en una cabeza de plátanos ... Cuando entró y vio que en la cama tapada con las frazadas estaba la cabeza de plátanos, el marido le pregunto a la mujer, por qué dormía en su ausencia con la cabeza de plátanos que él mismo trajera en el viaje anterior a lo que contestó la adultera que quería que maduraran breve y que por esta razón les colocaba bajo el calor de su cama -

Volvieron a reírse con más gracia y despertada la curiosidad en los oyentes dio comienzo a la narración de otra historieta:

- ¿Lo de la Carta? -

- ¿Cuál? -

- Cuentan que hace años, vivían en esta misma parroquia, dos familias, cuyos hijos se enamoraron mutuamente; una mañana despertaron al rumor de una brisa que soplaba en las ventanas y apareció en el piso detrás de la puerta una tarjeta de hermosas letras negras, quisieron cogerle pero desapareció; y dicen que era la brujería que le habían enterrado los enemigos. A la tarde murió la mayor de las hijas, luego murió el siguiente y mu-

rieron todos y nadie llegó a la felicidad desposándose -

- Para eso Ustedes, no saben otro caso curioso que cuenta los indios de este sector llamado «Cash aloma». Han visto a un hombre que se bañaba desnudo en un «huelen» de agua de la quebrada, y que cuando le vieron cerca, tenía miradas furiosas y que instantáneamente desapareció en las piedras de la quebrada...-

VII

Amaneció otra vez La Bolsicona, a vivir la vida, con los ojos abiertos y los cinco sentidos, han transcurrido meses sin saber de su amado, Hilario.

En las gradas de la iglesia, sentada en el suelo desnudo, recogida los brazos, cubierta el rostro lloraba una mujer, Vacilaron en reconocer a aquella, pero acercándose constataron que la llorona era la mujer de Hilario...

Le interrogó suavemente el padre, el porqué de su lamento;

- Es que Hilario no sale de la «huaitarilla», y entonando su violín, llora versos:

Guay que sí, guay que no
La Guaneña me engañó!
Por un peso y cuatro riales,
Con tal que la quiera yo!

Que a mi si, que a otro no,
La Guaneña me lo juró
Me recibió la plática
y con otro se la gastó

Guay que sí, guay que no,
La Guaneña me engañó
Ñapanga pa`mentirosa
en Pasto jamás se vio! .....

Con tono desilusionado, la Mujer de Hilario le dijo:

- Es que Hilario, se casó conmigo, equivocadamente -

- No seas tontica hijita - dijo el Padre, - Tienes que estar alegre -

- Es que Usted no comprende -

- ¿Qué? -

- Hilario creyó casarse con la “puenda” de la Bolsicona -

- ¿Cómo? ... ¿puedes probarlo? -

Suspiro con más sentimientos todavía, dijo:

- No -

- Entonces reaccionó el Padre, y casi gritando se preguntó:

- ¿Que misterio se guardan estos carajos? .... Al ver venir a Hilario, le pregunto:

¿Puedes decirlo tú?

-¿Decid que no?... Que no soñaste casarte con la puenda adúltera ¡... ¿Por qué pronunciaste cuando me diste el beso el nombre de esa desgraciada? .... Ay Dios mío ¡... porqué me ataste a una cruz que no fue mía ¡-

Se columpió en el espacio, un momento de silencio, como quien lo hiciera en honor de aquellos que fueron, que sufrieron, se inmolaron y ahora ya no existen.

Arrodillado con las manos juntas, posando el rostro en el seno de su mujer, Hilario le decía estas palabras:

- Perdón querida... Es verdad, fui un loco; pero, juro que mi amor se desbordará en el vaso de la felicidad... Que trabajaré para ganarme la vida y el pan con el trabajo honrado... Que lucharé para ser un marido fiel y un padre ejemplar -

Con la costumbre cristiana de la familia, juntas las manos y mirando como en el firmamento con mansedumbre continuada cruzan las nubes en la espaciosa carrera de su destino, con voz respetuosa dijeron: «Padre Nuestro que estas en los cielos, santificado sea tu nombre» y alzando la diestra, el Padre, con aire patriarcal, unidos el índice y pulgar y cortando el aire, hizo sobre los jóvenes obedientes la señal de la Cruz; diles la bendición mediante la cual su hogar será feliz.

Mientras en el pueblo, el telón del silencio había caído; y la noche avanzaba... avanzaba...

VIII

«Y pasaron los días, como las nubes
Pasan por los caminos del ancho cielo»
Gastón Figuera.

El Joven hogar de Hilario, día a día fue creciendo en la felicidad.

La Bolsicona en cambio, cautiva en la reclusión voluntaria del hogar de sus padres, callaba.

Era la época del Carnaval, fiesta alegren tradicional la que es celebrada en forma curiosamente novelesca.

Los jóvenes, entusiasmados, juegan el carnaval sujeto a la tradición; a la vez que ellas, las ñapangas, hacen un derroche de gracia y de encantos.

Parados en las esquinas de las calles, aparecen los jóvenes, donde vive ella, la «Guaneña», la «Dulce dueña» de Don Alonso Quijano el bueno, esa «Dulce Enemiga»; llevan en sus bolsillos los cascarones, fabricados de cera, llenos de agua, hechos en moldes de barro o de cáscaras de «chilguacán», con figuras de corazones y de colores; entonces , la precisa, la que sabe que es por ella, sale a la puerta de calle y, allí : el receloso perfume de una flor, lanzada con disimulo; la caricia del golpe perfumado del cascarón; la ligera sonrisa, el ameno coqueteo; el guiño cariñoso y, nada más; todo esto se realiza a una prudente distancia de separación.

Es que en las aldeas donde todavía fluctúa, en todas sus cosas, el respeto, que nos legó el ayer, donde no llega todavía el escándalo, los espectáculos, el rango social; allí, donde los aldeanos, todos en igualdad de condiciones, guardándose respeto y consideraciones recíprocas; los hijos nacen en hogares con la protección del padre y la madre, se procede con serenidad en el trato y se guarda el «Santo temor de Dios» moralizador de las gentes; las fiestas son simples recreaciones racionales del hombre.

Las campanas repican el «Ángelus», a la hora en que se respira misticismo y tranquilidad perpetua; las guapas aldeanas acuden al santuario a rezar el «Rosario de la tarde»; los jóvenes atrincherados en las esquinas de las calles rematan el juego de todo un día, perfumando habla y certeramente el terso cabello o el delicioso cuerpo de ellas.

Y cuando las aves ya no pían; las golondrinas dejaron de su vuelo el recuerdo de esa tarde, aparecen las gentes colocando rudimentariamente en el alero de las casas, el farolito que contienen en su interior la lámpara de para el alumbrado calculado hasta las nueve de la noche. Y luego plácido y callado, acurrucado en la jerga, fruto de su honrada fatiga, el labriego, duerme. Se escucha el rumor tartamudeado del viento, de la brisa rencillosa que se adentra en las rendijas de las casas; el gallo, en las altas ramas del nogal, del hubo, de la higuerilla, en la que duerme, da el «toque de queda» en la noche; el grillo, pregona su nocturno ultramoderno, grito desgarrador y romántico a la luna, reina y dueña de la naturaleza dormida. De repente, en las encinas del tejado de una casa, con ademán lujurioso maúlla el gato, y como para espantar a la corte luminosa que invade el espacio, allá, lejos, ladran los perros.

Llega al fin la fiesta, y el último día es el que corresponde al de la víspera del

miércoles de ceniza, todos juegan alborozados el carnaval, todos contra todos, familias contra familias; con grandes jarras de agua y recipientes, se lanzan a mojarse mutuamente, al principio el agua es perfumada, del cántaro, de la acequia, del estanque o del agua que se encuentra más a mano, la finalidad es mojarse. Tiemblan de frío. Solo los abuelos ancianos están quietos, aplaudiendo a inflándose de risa al observar ese duro batallar a base de agua.

Al atardecer las gentes aparecen con color de resfrío, y horas más tarde, en casi todas las casa se escucha el cantar entusiasmado de una voz aguardentera, el rasgar destemplado de una vieja guitarra; todos festejan y clausuran las fiestas de tanta alabaría propiamente carnavalesca, con el baile del «cachullapi» y de la «tonada» carnavalesca.

El miércoles de ceniza todos los aldeano están prontos a recibir la ceniza del «Memento homo quía pelvis es et in pulóver en reverteréis». (Acuérdate hombre que polvo eres y en polvo te convertirás).

Todo este tiempo Lola, ha pasado oculta a la luz de los ojos de sus vecinos.

Le aquejaba el dolor moral de su desgracia; pero este día poniéndose con una carita de sonrojo, salió con dirección al santuario a recibir también sobre la frente la ceniza.

Iba por la calle, diríamos avergonzada, porque comprendía que su tragedia era conocida por sus paisanos; su altivez, desde luego, doblegada; las miradas débiles y desatinadas; la voz callada en los antros del silencio; ya no era la mujer del ayer, sus facciones no tenían la gracia optimista y alegre, quedaron solamente, como quedan los encantos marchitos de una flor ultrajada.

Pero no era la única ni la primera; y aunque su desgracia le hacía pecadora a los ojos de los suyos, de su pueblo, era imposible que el resto de sus días por temas «al qué dirán» se pase guardada en el recibimiento de su hogar.

Las gentes la miraban; los jóvenes guiñaron el ojo, las «ñapangas» se horrorizaron; y, las ancianas... Uhh ¡esas señoras que son viejas y que parece que nunca fueron jovencitas, drásticas y censuradores, son ellas las que comentan los pecados de su pueblo.

- Viejas chismosas ¡... ¿Por qué no se verán sus rabos? - dijo para sus adentros, la «Guaneña», la «Ñapanga», la «Bolsicona»... y en voz entre cortada dijo:

- Pasque...voy a ir donde tío Cristóbal; a Popayán...

JOSÉ GONZALO PAEZ
Caranqui, Marzo 1962.